

# CAPÍTULO 1 Anormaldependencia

armando jaleo



# Capítulo 1

## ANORMALDEPENDENCIA

Cuando Dostoievsky, Tolstoi o Pasternak compusieron sus obras maestras, poco podían imaginar que muchos años después, iban a hacer añicos a mi familia. No sé si todavía tendría siete u ocho años de edad, pero el caso es que recuerdo a mi padre, como lector empedernido, juzgar aquel momento de su vida como el oportuno para comenzar a cultivarse con la literatura rusa, aunque de ninguna de las maneras podía suponer el pobre, la que se le avecinaba encima con aquella determinación. Para empezar, mi hermanito y yo nos opusimos abiertamente a su decisión, haciéndole por ello la vida imposible. Eso de la guerra de sucesión polaca, en la que un tío, feo como él sólo, que se llamara Augusto, y que para más inri llevara unas melenas blancas de rizos, fuera apoyado por el imperio ruso para coronarse rey de Polonia, nos hacía de llorar de rabia y apretar los puñitos hasta ponerse rojos de la impotencia, dispuestos a emprenderla a golpes con cualquiera que intentara consolarnos durante nuestro acceso de ira. No, no podíamos perdonar al imperio ruso, y menos a mi padre. Era abrir el libro de "Los hermanos Karamazov", e inmediatamente ponernos a correr alrededor suyo al grito exacerbado de "¡Augusto no es de mi gusto!", o "¡Augusto parece un arbusto!", o "¡Augusto es un tipo adusto!", sacándolo completamente de quicio. Si en cambio mi padre se encerraba en su dormitorio para leer, nosotros abríamos un ventanuco que daba a su habitación, y les hacíamos partícipes de nuestras...

## CONVERSACIONES ENTRE FIODOR DOSTOIEVSKY Y LEÓN TOLSTÓI

*Durante una maravillosa tarde veraniega en Tver, donde el Volga, majestuoso caleidoscopio de luz, refleja los ya más indulgentes rayos del sol, Fiodor Dostoievsky, sentado con las piernas cruzadas sobre una mecedora en el porche de su casa, lee plácidamente una selección de poesías de Pushkin, mientras un fonógrafo desde el interior del salón, se afana en sosegar más si cabe el ambiente, con la ópera Boris Godunov. Al fondo de la calle, León Tolstoi, aparece paseando con su bastón, y contemplando las irisaciones rosáceas de las nubes en el firmamento. Fiodor, visiblemente animado por la visita de su amigo y colega, lo saluda fervientemente.*

*¿Ya viene otra vez el Tolstoi este de lo huevos a dar calor?! ¡Mira que eres pesao!*

*¿Pesao yo? ¡Tú si que eres pesao con el existencialismo! Que si existencialismo por aquí, que si existencialismo por allá... ¡Vete a cagar con el existencialismo, hombre! ¡Que no sabes hablar de otra cosa, esclavófilo!*

*¡Que eres un esclavófilo tú!*

*¡Eslavófilo yo, los cojones! ¡Y yo hablaré de lo que me dé la gana, soguarro, con esas barbas que llevas!...Mira quién fue a hablar, el de Guerra y Paz, ná menos...*

*¿Qué le pasa a Guerra y Paz? ¿iTú que tienes en contra de Guerra y Paz, tontolnabo!? ¿iTienes algún problema, eh, eh, eh!?*

*No me apuntes con el bastón, no me apuntes, que la vamos a tener...¿  
iQue qué le pasa a Guerra y Paz!? ¡Yo te lo voy a decir! ¡Que es un coñazo!  
! ¡Un rollo infumable de 2000 páginas, que no hay quién se lo lea, eso es  
lo que es! ¡Aféitate esas barbas, que es lo que tienes que hacer! ¡Si ahí  
estarás criando hasta bichos! ¡Eso da vergüenza ajena! ¡iVer-güen-za!!*

*iPues más largas las tiene Valle-Inclán, y a ese no le dices ná! Y además,  
claro que se han leído mi libro. La del chino, sin ir más lejos. Y bien que le  
ha gustado.*

*En primer lugar, Valle-Inclán no es un impresentable como tú, y en  
segundo...¡Cómo se lo va a leer la china, sino entiende ni papa de español!  
Eso lo dirá la criatura para que no le des más la vara, y para que le  
compres el tabaco.*

*¡iM-mira que e-eres envidioso, a-amargao y triste!! ¡Si te lee alguien a ti,  
es por que das lástima! ¡Me voy ahora mismo a echar una quiniela, por no  
revolearte esa cara de esclavófilo que tienes, amargao de la vida!*

*iEso, vete, y caliéntale la cabeza a otro, hombre!...Habrase visto el tío  
pelanas éste...Pues a mí no me va a rallar, ahora mismo me voy al Zumba,  
a ver si le meto cuello a alguna...*

Mi padre, fuera de sí, abría la puerta de su habitación con una violenta patada, entonando el grito de la indignación.

¡Es el acento ruso vólgota más lamentable que he oído en mi vida, por Dios y la Virgen!

A mi madre también le contrariaba la obcecación de mi padre, haciéndoselo saber sin tapujos.

Mira, José Enrique, no estoy dispuesta en mi casa, a permitir esa clase de desvaríos. Cada vez que me acuerdo de la rivalidad entre Karpov y Kasparov me deprimó enormemente...Me entran taquicardias y se me queman las croquetas...¿Ves? ¡Ya me están entrando ganas de llorar!... ¡Pero por el amor de Dios! ¿iPor qué no lees mejor a los poetas del

romanticismo, pobre ingrato!?

¿¡A los pringaos esos!? ¡¡Por encima de mi cadáver!!

Mi padre incluso quiso hacer público su desazón en el programa *"España directo"*. Sentado sobre un sofá de skay, junto a un enorme perro de cerámica, con las fotos de mi hermano y de mí de primera comunión al fondo, en la pared, y unas grandes letras blancas sobreimpresas en la parte inferior de la imagen que decían *"Su familia se opone a que lea literatura rusa"*, mi padre atenazaba su cabeza entre las manos. *"Mi vida se ha convertido en un infierno"* declaraba con la voz quebrada por el impulso de las lágrimas. Definitivamente era un hombre hundido.

Un día, una nota amaneció en la nevera.

*"Me voy a San Petersburgo a por tabaco"*.

Al comprobar tras varios meses de espera, que mi padre no volvía, supusimos que nos había abandonado. Y así, mi familia quedó destrozada, y yo pronto me entregué a...la bebida. Todo el día ausente de mi casa, de bar en bar, regresaba a la noche completamente borracho. Una noche de madrugada, mi madre me pilló orinando en el bidel, con los calzoncillos en la cabeza, la camisa llena de vómito y murmurando algo sobre la conspiración judeo-masónica-comunista-internacional y Quique Camoiras, mi héroe de acción preferido. Sin mediar palabra alguna, me dio un repentino abrazo. *"Jamás me había sentido tan orgullosa de tí"* me confesó después. De la noche a la mañana me convertí en la personalidad más importante de mi pueblo, Zaramalla de la sierra. Todos me vitoreaban cuando acometía mi quinto cubata de la mañana, todos se emocionaban cuando espantaba moscas inexistentes sobre la barra, todos me reverenciaban cuando me encendía un cigarro por el filtro. Culmen de la popularidad, los turistas que visitaban el pueblo, se querían fotografiar conmigo cuando se topaban con mi cuerpo durmiente sobre la acera...

Pero un día, un nefasto día, quizás por culpa de las malas compañías, entré en una espiral sin salida de deporte, Biofrutas, Nestea sin azúcar, nutrición ortomolecular y productos ecológicos, dejando por completo la bebida. En los mismos bares donde antes me ovacionaban, cuando me veían pasar por la calle, practicando marcha nórdica con mi pulsímetro y mis bastones, me abucheaban arrojándome chapas de cerveza desde la entrada. Mi novia y yo, como en Zaramalla no había restaurantes dietéticos, ya jamás salíamos a cenar. Si mis amigos querían hablarme de mi problema, debían de hacerlo con mi nutricionista, que hacía las veces de mi portavoz. Tenía a mi familia exasperada, obligándoles a desayunar tazones de salvado de avena y trigo sarraceno, o si comprobaba con gesto ceñudo que el almuerzo tenía más kilocalorías de las pertinentes, la tiraba al suelo con plato incluido, entre aspavientos furiosos. Tan trastornado estaba que llegué a recordar a mi madre lo de la rivalidad entre Karpov y

Kasparov, encamándose del disgusto durante varios días. Y sin remedio, dejándome arrastrar por esta senda de autodestrucción, mi novia finalmente me dejó y mi madre me echó de casa, así que no me quedó más remedio que marcharme del pueblo a la ciudad, donde vivía mi abuela. Cuando me vio ésta aparecer por su piso, con mi chándal de colores chillones, mi barba de seis días y oliendo a agua mineral Bezoya que tiraba para atrás, se echó la mano a la boca para reprimir un grito. Mi abuela, todo corazón, intentó ayudarme hasta donde le fue posible para curarme de mi adicción, como echándole, a mis espaldas, un chorreoncito de coñac en mi café del desayuno, o hablándome de cosas realmente tristes, como de la primera guerra ítalo-etíope, de la confrontación indonesio-malaya, del conflicto lingüístico del valenciano o de la crisis salina de la edad Messiniense, para que así me deprimiera y volviera a la bebida, aunque ni por esas lo logró.

Hasta que un día, mientras me recluía en mi habitación diseñando con mi calculadora la dieta proteica que se debía seguir escrupulosamente durante la siguiente semana, mi abuela me deslizó un panfleto por debajo de la puerta, que al examinarlo detenidamente, me arrancó un resuello de sorpresa. No era el hecho de que en dos semanas se disputara el campeonato comarcal de beodos en mi pueblo, sino el primer premio que se ofrecía lo que me sobrecogió. Mi héroe de juventud, el afamado José Luis Moreno en persona, enseñaba al ganador a bailar aquella maravillosa danza que practicaban tíos cachas con pajaritas y calzoncillos, y bailarinas en tanga, con amplias sonrisas, como apuntaladas con clavos, cogiéndose entre sí con los brazos a la altura del cuello, como en un glorioso sirtaki, y dando alternativamente pasitos a la izquierda y derecha, mientras mi ídolo, delante de ellos, con su inusitada energía y garra, avanzaba las estelares actuaciones que se iban a destacar en su legendario programa “*Noche de fiesta*”. José Luis Moreno suponía el acicate necesario, el revulsivo para comenzar mi lucha contra la *saludependencia* y salir del abismo donde me recluía. José Luis, el gentilhomme de la ventriloquia, desde que yo recuerde, fue para mí el modelo a seguir. De hecho siempre mimeticé primorosamente su forma de vestir, engalantanándome con trajes de frac, antes de caer en el aborrecible mundo de los pantalones de ciclista y camisetas con manga sisa, e incluso me planteé parecerme físicamente a él, aunque tan apuesto y apolíneo como ha sido y es, suponía algo fuera totalmente de mi alcance. Me conformé, a base de operaciones de cirugía estética, con copiar el aspecto de alguien más acorde con mi físico, cercano al círculo de José Luis. Así que en cuestión de pocos meses moldeé mi cuerpo con los ojos saltones, la nariz de bolilla, las orejas de soplillo, los mofletes cerdunos, y la alopecia integral de Monchito. Incorporando además su gorra roja de charol y su collarín de pinchos en mi vestuario de diario, e imitando perfectamente su voz de pito con reverberancias chulescas, me he granjeado las más efusivas alabanzas y sinceros beneplácitos en las entrevistas de trabajo que he asistido...Al hilo de lo que iba comentando anteriormente, hiper-motivado como estaba, salí de mi dormitorio para dirigirme a la cocina. Cuando mi

abuela me descubrió con una lata de cerveza en la mano, los ojos rojos, e intentando comunicarle mi resolución con la lengua trabada, lloró a manantiales de la emoción, para luego persignarse y besar las velas que la había puesto a Santa Rita. Para esa misma semana, programé una estricta dieta ética con el objetivo de reponer fuerzas lo antes posible. Cuando a duras penas había consumido mi tercer cubalitra, a punto de echar el bofe, mi abuela ya me estaba preparando otro, con el pretexto de que aún me quedaba un huequecito para uno más (¡Ay, como son las abuelas!). Y tras semejante entrenamiento, con la determinación de un hombre nuevo, me volví a presentar en Zaramalla de la sierra, con ganas de beberme el mundo.

Cuando llegué a mi antiguo hogar, descubrí con desagrado, que mi madre se había marchado del pueblo. Al parecer la situación se había vuelto insostenible, ya que cualquier rincón u objeto de la casa, por muy insignificante que éste fuera, le recordaba a la rivalidad entre Karpov y Kasparov, sintiéndose constreñida a huir de allí. Creo que se fue a Madrid, aunque no sé si con la intención de trabajar allí en el programa de Sandro Rey como sacerdotisa del tarot sagrado de la pasión, o para fundar "*Las supremas de Móstoles*". Antes de irse, mi tío Gerardo se hizo a cargo de mi hermano Refalito... ¡Ah, mi tío Gerardo! ¡El más emprendedor e inventivo de la familia sin duda! En su última aventura, se fue a la República del Congo y montó allí una sucursal del Ku Klux Klan. Ya me lo imagino, sentado en un sillón de ruedas, con su capirote en la cabeza, una franca sonrisa, los codos apoyados en la mesa y las manos entrecruzadas, a la espera de los primeros clientes. Ya imagino a unos pocos nativos curiosos, entrar tímidamente en su local, observando con los ojos de par en par a su alrededor, sin entender muy bien de qué va aquello. Ya me imagino, al más avezado de ellos, acercarse a mi tío para preguntarle casi susurrantemente, mientras aún pasea la mirada de un lado a otro, que qué es lo que vende. Ya me imagino a mi tío, con su natural afabilidad y su intachable corrección inglesa, darle las explicaciones pertinentes. Ya me imagino a una tumultuosa multitud muy excitada, sacarle en hombros de la sucursal, jaleándole y mostrándole objetos punzantes como muestra de admiración y respeto... Sí, mi tío Gerardo, con una pierna menos, me acompañó hasta el bar "*Inquietudes*", donde se celebraba el campeonato. En un principio, mis paisanos me recibieron hostilmente a la entrada, aunque cuando comprobaron que venía tambaleándome, se apartaron respetuosos, como las aguas del Mar Rojo ante Moisés. Acomodándome sobre un taburete junto a la barra, en plan Sheriff del cotarro, lancé una mirada desafiante a Pepe el de la Hebilla, campeón de las tres últimas ediciones. No había llegado a la mitad de mi primer gin-tonic, cuando Pepe ya se había soplado tres tubos de vino blanco, proclamándose campeón por cuarta vez consecutiva. Humillado, comencé a sollozar sobre mi pecho, con una entrañable pelea de borrachos de fondo, aunque Pepe, que tiene un corazón de oro, se obstinó en compartir el premio conmigo. Aún con las lágrimas impregnando mi cara, José Luís Moreno salió desde debajo de la barra como un resorte, para inmediatamente ponernos a

bailar con su avasalladora simpatía. Pude percatarme que entre pasito a la izquierda y pasito a la derecha, José Luis iba deslizándose sutilmente su mano espalda abajo de Pepe el la Hebilla, aunque éste ya tenía más que suficiente con mantenerse en pie ¡Glorioso día aquel, quizás el más increíble de mi vida! No veía la hora de compartir la alegría con mi abuela, así que tras darle mi currículum a José Luis, para ofrecerme como marioneta algo rudimentaria, aunque suficientemente preparada para el mundo de la ventriloquia, ya que así lo acredita mi *First Certificate B2* en tartaja, mariposuelo y gangosil, y mi título oficial del conservatorio superior de danza en cruzada de piernas (impartida por Lina Morgan en persona), regresé inmediatamente a la ciudad.

Desde entonces, mi abuela y yo nos dedicamos a organizar *flashmob* de baile por toda la ciudad, donde nos reunimos con otra gente (con graves perturbaciones mentales, como yo, por supuesto) en lugares públicos y danzamos al son de "*Noche de fiesta*". Como eso de cambiarnos constantemente de ropa es un fastidio, hemos optado finalmente mi abuela y yo, por permanecer con la misma ropa, ella con tanga y sujetador "*push up*", y yo, con pajarita y calzoncillos, ya sea mientras vemos el telediario en el salón o vamos a misa de ocho...Sí, ya me supongo que todo esto que les estoy contando, les sonará como poco extrañísimo, pero les aviso, que irá de mal en peor. Sean tolerantes conmigo, compréndanme, tengan en cuenta que para la *anormaldependencia* sí que no hay cura...